



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

[e-l@tina](#) es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina ([GESHAL](#))
con sede en el
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe ([IEALC](#))
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Reseña

Ansaldi, Waldo y Verónica Giordano (coordinadores), *América Latina: Tiempos de Violencias*, Ariel, Buenos Aires 2014, 368 págs. ISBN 978-987-1496-89-1

César Tcach

Licenciado en Historia por la Universidad Autónoma de Madrid (España) y doctor en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Director de la Maestría en Partidos Políticos y del Programa de Investigación de Historia de Córdoba del Centro de Estudios Avanzados de la UNC. Es investigador del CONICET

Recibido con pedido de publicación: 13 de julio de 2014.

Aceptado para publicación: 18 de agosto de 2015.

Reseña

Ansaldi, Waldo y Verónica Giordano (coordinadores) (2014), *América Latina: Tiempos de Violencias*, Buenos Aires, Ariel, 368 págs. ISBN 978-987-1496-89-1

César Tcach

Esta obra colectiva guiada por Waldo Ansaldi y Verónica Giordano sobre las violencias –en plural– que recorrieron América Latina desde mediados del siglo XX hasta el atardecer de esa centuria, se ubica en una perspectiva de análisis que confronta con, al menos, dos miradas de los fenómenos sociales y políticos. A diferencia de aquellas que los reducen a una mera región del lenguaje, la brújula de coordinadores y autores rescata la dimensión estructural de la acción política, aspecto *sine qua non* para comprender el sentido de las acciones colectivas. Desde este ángulo de análisis, se utiliza el concepto de condiciones socio-históricas en su doble acepción: la marxista (estructura productiva, relaciones de producción, clases) y la braudeliana (tendencias de larga duración que incluyen no sólo condiciones materiales sino también, representaciones, encuadramientos mentales y culturales en un sentido amplio). En consonancia con esta mirada, el examen de la violencia política es situado en un terreno de juego disputado por tres grandes proyectos: el de la revolución socialista, el promovido por las dictaduras (re-estructuración del capitalismo basada en la primacía del capital financiero) y el orientado por propuestas desarrollistas (desde la CEPAL a la Alianza para el Progreso).

Una segunda y decisiva distinción recorre las páginas del libro. A diferencia de los enfoques que limitan las consideraciones sobre la violencia a una suerte de filosofía moral o ética de la acción política –cuya expresión paradigmática entre nosotros han sido los textos de Oscar del Barco publicados originariamente en la revista cordobesa *La Intemperie*– que hizo del bíblico *No Mataras*, el alfa y omega de su reflexión, en esta obra el acento está puesto en la historicidad de las acciones humanas. Por eso no es casual, en el texto de Ansaldi y Mariana Alberto, el recordatorio de la extrema violencia que dio luz a la primera república negra en el mundo (Haití, 1791), ni la crítica a Max Weber cuando limitaba la legitimidad de la violencia a la ejercida por el Estado, detentador –valga la redundancia– del monopolio de la violencia legítima. De este modo, los autores se ubican, claramente, en el campo de los analistas separan política y moral, para comprender la historia. Lejos de la pontificación moralista pero también distantes de cualquier panegírico de la violencia popular –al estilo de Sorel o de Fanon– lo que se plantea es una agenda de investigación interesada más en historizar –construir problemas historiográficos, plantear interrogantes, develar decisiones colectivas o grupales– que dar consejos o propinar lecciones de índole moral.

La perspectiva asumida para hacer frente a estos combates por la historia –en el sentido de Lucien Febvre– es el de la sociología histórica, entendida como un conjunto de ejercicios interdisciplinarios que articulan historia, sociología y teoría política. En otras palabras, un modo de hacer historia, de puertas abiertas a otras disciplinas de las ciencias sociales. Aunque con matices distintos, claramente tributarios de este punto de vista es el texto de Lorena Sebesta –que dialoga con autores clásicos como Hobbes, Locke, Rousseau y Marx– y el grupal (de Giordano, Nercesian, Rostica y Soler) sobre la violencia rural en América Latina. En este último, las autoras polemizan con agudeza acerca de las hipótesis de Kay, teniendo en cuenta dos variables centrales: canales institucionales democráticos y reforma agraria.

En su estudio sobre la violencia política en Colombia, Gina Paola Rodríguez descartó el uso de la noción de violencia paramilitar, para definir con precisión uno más operativo: el de violencia para-institucional. Tres ventajas lo distinguen del primero: permite comprender su carácter mixto (policial- militar o civil), afirma su vinculación con el Estado (como forma de control social) y se despega de la imbricación que suelda lo paramilitar con lo contrainsurgente). A lo largo del texto, la autora demuestra con solvencia lo ajustado de su decisión metodológica.

La mayor parte de los estudios sobre la violencia en El Salvador, han prestado atención privilegiada al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. El texto de Lucrecia Molinari, centrado en los asalariados urbanos y en los docentes durante el período previo a la década de 1980, permite comprender su génesis a partir de un proceso histórico más amplio. Su hipótesis acerca de la capacidad de articulación societal de estos actores –protagonistas de un importante ciclo de protestas entre 1967-1971- se asocia al examen de un fenómeno poco conocido: la experiencia desarrollista salvadoreña y el PRUD (Partido Revolucionario de Unificación Democrática). Nuevamente aquí, el examen es rigurosamente histórico, y por ende, ajeno a pretensiones moralizadoras.

Luciano Alonso en su estudio sobre las violencias de Estado, presenta como núcleo duro de interrogantes críticos el concepto de genocidio. En una mirada emparentada con la historia conceptual, distingue en su uso y re-significación tres momentos: A) Los años sesenta, época en que se inscribía en “la matriz de representación de la guerra colonial y suponía la masacre de un pueblo combatiente” (las acusaciones de Jean Paul Sartre contra los norteamericanos en Vietnam son un claro ejemplo). B) Los años setenta, en que su uso se extendió entre los exiliados y grupos de defensa de los derechos humanos, como respuesta a las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas. Aquí, y a diferencia de la anterior, el acento se ponía en una población indefensa ante el terrorismo de Estado (no en una población combatiente). C) Los años ochenta, en que se conformó como campo académico los *genocide studies* como un sub-campo de los estudios sobre el Holocausto.

En un ejercicio ejemplarmente crítico, Alonso advierte a los investigadores que su propias simpatías o identificación con los movimientos sociales no debe conducirlos a reducir el análisis a las representaciones que estos sujetos sociales poseen. Asimismo, subraya que “ejercicios analíticos disciplinariamente guiados y políticamente críticos pueden realizarse no solo respecto de los dominadores y de las estructuras de la dominación, sino también respecto de los movimientos sociales de oposición o de todo sujeto contestatario”.

Teniendo en cuenta lo acertado del punto de vista precedente, un desafío a desarrollar en futuras investigaciones sobre violencia política en América Latina, es el del militarismo en el campo popular de los años ‘70. Más específicamente, las consecuencias de la *Lógica del Gólem* - como lo denominé originariamente en 2003- tuvieron sobre los sujetos contestatarios de los años setenta.¹ Esta observación guarda también estrecha relación con el nudo clave tratado en los capítulos siguientes del libro coordinado por Ansaldi y Giordano: el de la relación entre intelectuales y violencia.

El capítulo escrito por Julieta Rostica se ubica en un escenario clave: Guatemala, en un marco temporal delimitado por el levantamiento cívico militar que derrocó a la dictadura de

¹ Tcach C. (2003). *La política en consignas. Memoria de los setenta*. Rosario: Homo Sapiens, pp. 76-77. Una versión más elaborada, en “Entre la lógica del partisano y el imperio del Gólem: dictadores y guerrilleros en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay”, en Quiroga, H. y Tcach, C. (2006). *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia* (2006). Rosario: Ed. Homo Sapiens.

Ubico en 1944 y el derrocamiento de Jacobo Arbenz en 1954. Los intelectuales de 1944, comprometidos firmemente con la experiencia de transformación social que vivía el país –un tipo de “revolución desde arriba” facilitada por la reestructuración del viejo ejército ubiquista promovida por Arbenz- no estuvo marcada por el debate acerca de las vías para realizar una revolución (pacíficas o armadas), precisamente, porque creían que esa transformación tocaba sus puertas y sería llevada adelante con la benevolencia de un ejército apoyado en campesinos enamorados de una reforma agraria libertadora.

Empero, el fracaso de esta experiencia tuvo cruciales efectos sobre las izquierdas latinoamericanas: *Cuba no será otra Guatemala* sostuvo Ernesto Guevara. Del fracaso de la revolución guatemalteca –cuya responsabilidad se vinculaba estrechamente a la intervención de los Estados Unidos de Norteamérica- tomarán nota intelectuales y dirigentes de la izquierda latinoamericana en los años sesenta. Su impacto sobre esa generación fue tan grande como será la del derrocamiento de Salvador Allende en la década siguiente.

El capítulo elaborado por Inés Nercesian descansa, precisamente, en esta otra experiencia –también frustrada- de gobiernos empeñados en prácticas de transformación societal: el debate sobre Reforma y Revolución en Chile. En función de este interés, analiza la política del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Para ello trabaja pertinentemente con dos publicaciones: *El Rebelde* (órgano oficial de la organización) y *Punto Final*, una revista de la izquierda radicalizada chilena –que leían con avidez los militantes argentinos dado que se podía adquirir en quioscos de revistas de Buenos Aires, Córdoba y Rosario- que expresaba posturas no solamente del MIR, sino también de la izquierda del Partido Socialista (sector Altamirano), de sectores cristianos y comunistas.

Golpear juntos y marchar separados como orientación política mirista de apoyo crítico al gobierno de Allende, no dejó nunca de ser una expresión cargada de ambigüedad y de tensiones. Porque no era lo mismo “avanzar sin transar”, que avanzar consolidando y cuidando los éxitos obtenidos. Como señala la autora, la izquierda más radicalizada se enfrentó a la disyuntiva de acompañar o no experiencias a las que identificándolas como reformistas, intentaba transformar.

Punto Final se leía con fruición entre los militantes de la izquierda revolucionaria argentina, pero *Marcha*, la publicación uruguaya fundada en 1939 por Carlos Quijano tuvo un impacto más amplio y de más larga duración sobre la intelectualidad latinoamericana. Su capacidad de convocatoria y potencial de circulación fue inigualable. Pero su estabilidad –como demuestra Martín Ribadero en su texto sobre ese semanario en la década de 1960 y los debates epocales de los que se hacía eco- no fue óbice para la resignificación de su ideario al compás de la revolución cubana. De un primitivo ideario alimentado de nacionalizaciones, desarrollo económico, democracia y antimperialismo, se transitó a otro marcado por el paradigma de la revolución. En este tránsito el autor analiza las tensiones entre los escritores más jóvenes, encandilados por el ejemplo cubano, y permeables a la idea de la lucha armada, y la vieja guardia de que incluía al propio fundador. Ribadero, aclara con sutileza, empero, que los sentidos de la recepción de la revolución cubana en Uruguay, aún en los intelectuales pro-cubanos, se conjugaron en plural.

También en plural intentaron conjugar el marxismo, los protagonistas de la creación de las revistas *Pasado y Presente*, *Controversia* y *La Ciudad Futura*, analizadas por Pablo Ponza. En una mirada histórica de media duración, el autor distingue dos períodos en el itinerario político-intelectual del grupo: la etapa revolucionaria que signó su fundación y la etapa democrática a partir del temprano reconocimiento de la catastrófica derrota impuesta por los militares en 1976. La primera fase –en un contexto de auge de las luchas populares en todo el continente-

puso de relieve el esmero de sus protagonistas – Pancho Aricó y Juan Carlos Portantiero entre ellos- por animar un marxismo no dogmático, plural, abierto a la influencia de la cultura política del marxismo italiano y otras vetas heterodoxas. También implicó una mirada del peronismo crítica pero más comprensiva, que terminaría de plasmarse en la década siguiente. La segunda fase, marcada por la revalorización de la democracia política como un valor en sí mismo, contribuye a explicar las afinidades con las representaciones del primer gobierno post-ditatorial encabezado por Raúl Alfonsín. Cabe mencionar que el texto de Ponza incluye una valiosa entrevista a Héctor Schmucler.

El libro de Ansaldi y Giordano concluye con el humor pensado, imaginado y escrito bajo las dictaduras. Marta Burkart analiza con agudeza el papel de las revistas Humor, en Argentina y O Pasquim, en Brasil. La primera surgida al calor de la suave distensión generada por el campeonato mundial de fútbol en 1978, la segunda en 1969 al compás del endurecimiento de la dictadura brasileña tras la aprobación del Acta N° 5 el año anterior. Sus objetos de estudio son objeto de un solvente tratamiento metodológico, en el que se destaca su asociación con la mirada más teórica de Michel de Certeau: esas publicaciones fueron el indicador de una “migración de la credibilidad” que expresaba, al mismo tiempo, el descredito de las verdades oficiales de las instituciones dictatoriales y cercanas a los gobiernos, y la posibilidad de sugerir interpretaciones alternativas a través de la representación visual. Haciendo del humor negro y un repertorio iconográfico en gran medida común, ambas publicaciones ensayaron un camino del cuestionamiento no exento de riesgos y peligros.

A tenor de lo expuesto se puede afirmar que la obra en su conjunto ofrece hilos conductores comunes que son centrales a la hora de intentar comprender en clave de sociología histórica -asociando construcciones de sentido con el rescate de las dimensiones estructurales de la acción política- los intereses en juego teniendo en cuenta coyunturas y procesos, y por ende, los usos y significados de la violencia en América Latina.